

DON EMILIO GARCÍA GÓMEZ
DOCTOR "HONORIS CAUSA" POR LA UNIVERSIDAD
DE GRANADA

MISCELÁNEA DE ESTUDIOS ÁRABES Y HEBRAICOS quiere rendir un sencillo pero cálido homenaje al gran maestro del arabismo español contemporáneo informando del solemne acto celebrado en la Universidad de Granada con motivo de su incorporación al Claustro de la misma como Doctor "honoris causa" y, sobre todo, recogiendo en sus páginas la incomparable lección que pronunció en dicho acto.

Unánimemente aceptada por la Facultad de Filosofía y Letras y por la Junta de Gobierno de la Universidad la propuesta inicialmente formulada por el Departamento de Árabe e Islam, al especial interés de nuestro Rector se debió la rápida tramitación ulterior, cuando todos pensábamos en una única fecha para el acto de la investidura: el día 4 de junio de 1975 —cumpleaños que determinaba la jubilación académica de don Emilio García Gómez—, ya que así tendríamos el privilegio de escuchar su última lección donde cuarenta y cinco años antes había dado la primera al incorporarse a la Universidad granadina en 1930 como catedrático de Lengua Árabe. Efectivamente, no cabía elección más certera para cerrar lo que él consideraría en su magistral y humanísima lección como el paréntesis de su vida universitaria.

Llegado el día que todos esperábamos con emocionada im-

paciencia, el Paraninfo de nuestra Universidad ofrecía el aspecto y el colorido de las grandes solemnidades académicas, porque, como subrayaba el Dr. D. Andrés Soria en la Prensa local del día 3 de junio, este doctorado “honoris causa” era “como fruto colmado, perfecto en su sazón” de la correlación existente entre García Gómez, la Universidad y Granada. Entre los arabistas españoles llegados expresamente para asistir a dicho acto, hemos de recordar a los doctores don Jaime Oliver Asín, director de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid; don Elías Terés Sádaba y don Fernando de la Granja Santamaría, de la Universidad Complutense de Madrid; don Joaquín Vallvé Bermejo y doña Soledad Gibert de Vallvé, de la Universidad de Barcelona. Se adhirieron al acto los doctores don Juan Vernet Ginés, de la Universidad de Barcelona, y don Pedro Martínez Montávez, de la Universidad Autónoma de Madrid. Igualmente comunicaron su adhesión a título personal y en nombre de la Real Academia Española, don Dámaso Alonso y don Alonso Zamora, como presidente y secretario, respectivamente; lo mismo que hicieron don Jesús Pabón y don Dalmiro de la Válgoma por la Real Academia de la Historia.

Abierto el acto por el Rector Magnífico de la Universidad, Dr. D. Juan de Dios López González, concedió la palabra a don Emilio García Gómez, quien pronunció la siguiente lección:

*Excmo. Sr. Rector Magnífico,
Ilustre Claustro de Doctores,
Señores alumnos,
Señoras y Señores.*

En la terraza del Alhambra Palace, el año 1932, don José Ortega y Gasset —a quien por encargo de este Claustro había traído yo a hablar en el Centenario de la Universidad— me dijo con la autoridad que le daba haber escrito La expresión, fenómeno cósmico: “Usted, Emilio, es un hombre triste y leal”. No sé si triste, porque hay muchas maneras de tristeza, pero leal, que es palabra más unívoca, sí que me creo. Y puedo decirlos, en el lenguaje de hoy día, que pocas cosas hay tan “renta-

bles" como ser leal. Porque la lealtad provoca en las almas nobles correspondencias y superaciones.

Esto último es lo que me pasa con vosotros. A la lealtad que siempre he tenido a Granada y a esta Casa, habéis respondido multiplicando los panes y los peces. Pero no se trata tanto de magnitud como de calidad. Con típica delicadeza andaluza; con exquisita adivinación granadina, os habéis querido meter, no ya en las entretelas de mi corazón, sino todavía más adentro, y por un finísimo túnel, en la diminuta "pepita negra" de mi corazón, que decían los árabes antiguos, para hacerme espontáneamente el mayor honor que soñar podría y el único que no me cabía rehusar: que, con el pretexto del doctorado honorario —notoriamente inmerecido—, viniese a dar mi última lección universitaria, el día preciso del cumpleaños que me jubila, aquí, en la misma casa en que di la primera.

Como videntes que soís, bien entendéis el alcance de lo que habéis hecho. Marino viejo, puedo gracias a vosotros entrar en el templo de Neptuno a colgar de sus muros, igual que los nautas antiguos, mis ropas empapadas, como uno más entre los exvotos de los amigos que me precedieron. La vieja nave, aunque zarandeada por vientos y procelas, ha podido retornar a la atarazana, bien que sea más para desguace que para calafateo. Perdonad a un estudioso de la poesía árabe este abuso de las imágenes. Cambiando de gama —aunque también la metáfora gramatical es muy del gusto del Oriente— habéis dado a mi pobre vida el placer de cerrar el paréntesis. Porque ahora resulta en efecto con evidencia —con una evidencia de la que al final de estas palabras os daré la prueba decisiva— que todo lo que he hecho en mi vida profesional, cosas que apenas valen, pero que han sido muchas, largas y complicadas, no son en el fondo más que una enorme oración incidental, que todo comenzó y todo debía terminar, y por rara fortuna así ha sido, aquí en Granada. Sólo el que va llegando a las últimas posadas del retorno, y sobre todo si entra de nuevo en la casa paterna, puede medir el camino hecho. Privilegio mío es que éste haya sido cíclico, y que las estrofas del largo poemilla hayan querido disimular su insulsez torciéndose en redondo y buscando el "ritornello", el estribillo, la... (estoy seguro que la palabra os ha venido ya a las mientes), buscando la jarcha.

Pensaréis, y es verdad, que para última lección, ésta mía es bastante especial. Pero, ¿podría ser de otro modo? No sólo el tiempo limitadísimo de que dispongo; también mi temple sentimental me estorba hoy hablaros de un tema erudito. No tengo más salida que rozar dos asuntos: el de resumir mi vida profesional y el de esbozar la historia de mis relaciones con Granada. Pero no creáis que, al escogerlos porque son los más indicados, tiro por el camino más llano. Al revés. Aquí no vale lo de las cerezas que se enredan, aunque para cortarlas pronto esgrimiese las más grandes tijeras de hortelano. Tendría que pensar en un hacha para abrirme paso en la jungla de los recuerdos. Todo ello sin contar el tremendo valor que hace falta, y que sólo para vosotros tengo, de confesarme en público.

* * *

Hasta hoy he sido por algún tiempo (desde la jubilación del granadino Alfonso García Valdecasas) el Catedrático más antiguo de toda España, con cuarenta y cinco años bien cumplidos de servicios, cuatro menos de los necesarios entre judíos para el auténtico Jubileo. Entré muy pronto, y habría entrado más joven aún si hubiese habido alguna más que las dos únicas cátedras de árabe entonces existentes: Madrid y Granada. Mi diferencia de edad con mis maestros era considerable: Ribera me llevaba 47 años: Asín, 34. Fueron las admirables enseñanzas directas del último, aunque hubiera entrado en su aula ya mediado el curso y casi por casualidad, las que decidieron rápidamente mi vocación. La vida humana es imprevisible. No puede sujetarse a eso que llaman ahora "planificación". Cuando un viejo mira a sus espaldas, ve que toda su vida ha sido puro albur, pero al mismo tiempo un azar necesario. Porque ocurre que no somos nosotros mismos los que nos gobernamos.

Lo que me atrajo en Asín fue la mezcla, en él paladina (y hablo sólo ahora de su intelecto, dejando aparte su elegante atractivo personal), de una materia exótica tratada con los

más rigurosos métodos occidentales, y además ante una pizarra llena de fórmulas. Sentía yo entonces vagamente lo que luego comprobé al decir don Eugenio d'Ors que él no entendía más que aquello que se podía dibujar. Esta tradición clásico-occidental, muy fuerte entre nosotros ya desde Codera, que fue profesor de griego y el inventor de nuestros métodos de enseñanza, se acentuó en Asín, del que dijeron: "¡Qué hermosa cabeza han perdido en él los estudios clásicos!" Yo habría dado cualquier cosa porque de mi hubiesen dicho lo mismo. Pero sentía ese afán, que no hizo sino crecer con el inevitable "odium professionis" que señala la menopausia de la vida intelectual. Lo sentí más fuerte que nunca siendo Embajador en Turquía, entre las ruinas griegas de Jonia, e hice un voto de desagravio a los dioses paganos, que quizá, si vivo, llegue a cumplir.

Este espíritu, unido a las enseñanzas de mi otro gran maestro, Ortega, me llevó a proseguir la labor de "europeización" de nuestro arabismo, que Ribera y Asín habían ya internacionalizado con enorme éxito, pero que yo acentué con dos innovaciones: una fue la creación de la revista "Al-Andalus", que va a empezar su tomo XL y cuyo elogio no me corresponde hacer a mí, y otra la adopción de una transcripción científica del árabe, hoy tan perfectamente aclimatada, que nadie pensaría en las lágrimas de sangre que costó la batalla de implantarla. Verdad es que mis maestros me ayudaban; pero entre los adversarios estaba nada menos que don Manuel Gómez-Moreno, por esta vez Priamo venerable en la Troya de la reacción.

Europeización no suponía, claro está, menoscabo de nuestro sentido españolista. Todo lo contrario. He defendido, profesado y enseñado siempre que nuestro arabismo puede hacer algo en la luna de la erudición oriental o volverse caritativa y marginalmente hacia la comprensión del mundo árabe contemporáneo, pero que su misión esencial acababa (según el símbolo que elegíamos) en 1492, y que debía consistir en los brillantes temas fronterizos y a caballo entre las dos civilizaciones cuyo estudio es el que necesitamos, el que podemos hacer mejor que nadie, y aquél en que apenas nadie puede interferirnos. No tengo tiempo de extenderme en este punto. Lo que habría de decir lo podéis ingerir en una pildora con cinco alusiones este-

nográficas: la poesía romanceada de las jarchas, el averroísmo teológico de Santo Tomás, los orígenes del arco de herradura, la escatología musulmana en Dante, la métrica y los romancismos de Ben Quzmán.

Coged la primera y la última de estas alusiones: las jarchas y Ben Quzmán. Son dos temas en los que he podido llevar algo más adelante las adivinaciones geniales del increíble zahori que fue mi venerado maestro Ribera, y os sugeriré, sin más digresiones, cuál ha sido la médula de mi actividad como arabista: la poesía. También aquí, ya en la meta, se ve la unicidad en el desconcertante serpenteo: un viaje al Cairo, un pachá amigo de España, un manuscrito único de poetas hispano-musulmanes, la "Revista de Occidente", mis "Poemas arábigoandaluces" (que todavía se reeditan), el centenario de Góngora, Abū Ishāq de Elvira, Ibn Zamrak (que acabáis de reeditar vosotros), las jarchas, Ben Quzmán. ¡Cuánta vida mía hay metida en esa lista incompleta! No añadiré más que el orgullo de haber sido el primer europeo (con el solo precedente del romántico Schack) en haber llamado la atención sobre la poesía arábigoandaluza, terreno en el que hoy se apretujan tantos especialistas. ¡Ah! Lo que no querría dejar de decir es que mi propósito inicial, también entonces revolucionario, era aliar la erudición con la literatura. La mía seguramente es mala; eso es otra cuestión. Pero yo creí, y sigo creyendo, que si las cosas santas han de ser santamente tratadas ("sancta sancte tractanda"), las cosas literarias deben ser tratadas literariamente.

Todo esto se dice pronto y con facilidad; pero no expresa lo que hay en sus entresijos; lo que, volviendo a emplear la jerga de hoy, llamaríamos la "infraestructura". Mis pobres obrecillas sobrenadaban sobre decenas de artículos que van desde la epigrafía hasta la agricultura; sobre cientos de exploraciones incompletas o frustradas que se acumulan en carpetas destinadas a no ver nunca la luz; y sobre todo en la corrección de miles de galeradas —¡y si fueran sólo galeradas!— de imprenta, más ajenas que propias. Puesto a contar secretos de cocina, diría que en cada uno de los veinte primeros tomos de "Al-Andalus" traduje, reescribí o redacté de nuevo más de la tercera parte de los artículos; oscuro menester en el que hoy me

veo admirablemente suplido. Y aún tengo que añadir una cosa. Yo he sido siempre, en general, conciliador: aquí en Granada, y en los tiempos más difíciles, auné una facultad que estaba escindida y que pasó a ser modelo de cimentaciones; en ocasiones he puesto a bien a algunos de los más opuestos y empingorotados personajes literarios del país. Pero, contradictoriamente, me he visto envuelto en muchas y grandes polémicas, y debo decir que jamás en ellas he escondido la pluma ni se me ha arrugado el ánimo. No voy —claro está— a enumerarlas. Sólo diré que, por las intrincadas imbricaciones de una de ellas acabé —“felix culpa!”— por salir catapultado de la Universidad a una aventura diplomática de doce años.

Y es que, además, los arabistas no habíamos de escapar al sobrecogedor y apasionante espectáculo de nuestra generación, que ha visto, y ve, resquebrajarse y desaparecer tantas grandes cosas. En el arabismo, pasamos de trabajar gratis sobre la grande y tapada mesa de billar de casa de Asín a las Escuelas de Estudios Arabes, primero autónomas y luego encaramadas al frondoso árbol del Consejo de Investigaciones (es decir, del conventículo a la oficina); de la escasez, a la abundancia de cátedras; de la media docena, a los miles de alumnos. Esto —que anoto y no califico— es si hablamos sólo de lo de dentro. Fuera, la barrera de 1492 quedó por los suelos. El Oriente islámico, de un lado, se nos metía en casa, y, del otro, nos llamaba fuera: becas, viajes, Institutos, propaganda, vínculos de todo tipo —buenos y malos—, alianzas de la ciencia con el turismo y la política. En mi vida, la invasión empezó por la beca en el Cairo y por la creación de las Escuelas de Estudios Arabes, que se hizo aquí, en Granada, sobre mí. Después... Después ¡tantas cosas..., que no tengo tiempo de contarlas! A todas se las ha llevado, se las está llevando, o se las llevará el viento.

En otros días señalados he dicho: “Dentro de nuestra Escuela, Gayangos fue el terreno propicio; Codera, la raíz sustentadora; Ribera, el vigoroso tronco, Asín, la flor y el fruto. Cuando el fruto se rompa, los que venimos detrás no seremos más que semillas que volverán a hundirse bajo tierra, con la esperanza de que un día germinen árboles nuevos, leales a la noble estirpe”. Hoy lo repito con la misma convicción. Estoy cer-

cano a desaparecer, y no lo temo, más bien diría que lo deseo; que deseo desaparecer del todo. Sólo quiero decir, puesto que me dáis esta ocasión para mi memorable, que desapareceré con la conciencia tranquila, no por mi obra (que es deleznable), sino porque no se me ha apagado en las manos la luz, y he podido transmitirla, no a uno, sino a todo un grupo brillante diseminado por toda España y que hoy, para honrarme, ha querido venir a acompañarme en esta fiesta. Probablemente todos; pero, si no, algunos de ellos, pasarán un día la luz, siempre encendida, a otra generación. Entre ellos por supuesto, están los de Granada, que son los que han tenido la conmovedora iniciativa de este acto. Ellos son los que más me hacen recordar las peripecias, divertidas y, por lo demás, no graves, de cómo aquí, casi sobre la nada pedagógica, pudimos segar los pintorescos vestigios del rezagado orientalismo romántico. Digo sobre la nada pedagógica porque Simonet, el único de verdad gran arabista que aquí hubo, no sabía enseñar, mientras que nuestra escuela, pese a haberse escrito en ella La superstición pedagógica, siempre ha sabido enseñar, aún detestando la "pedagogía". En fin, sobre el rastrojo quemado pudimos plantar un esqueje de la escuela de los Beni Codera, que ha arraigado a la perfección en el fértil suelo de esta Vega.

* * *

¡Granada!... Me veo, Catedrático bisoño, con veinticinco años recién cumplidos, llegando a Granada e instalándome en el Hotel Suizo, acera del Embovedado, antes de que la ciudad saliera de aquel gracioso embarazo. Lo primero que presencié fue la procesión de la Virgen, porque estábamos en el último domingo de septiembre de 1930. Ya era bastante. Pero yo, que conocía ya el Oriente, y también Córdoba y Sevilla, no había estado nunca en Granada. Creo que aún demoré un par de días el subir a la Alhambra. Al pasar por la Puerta de las Granadas, allá bajo los "árboles altos" que había de cantar más tarde,

sentí que algo nuevo se adentraba en mi vida. Al visitar la Alhambra en sus camarines, se apoderó de mí no menor emoción que la de un provinciano francés al ser admitido en el hospitalario "boudoir" de una balzaquiana duquesa de Maufrigneuse (sólo que aquí era, al revés, el cortesano, nacido en el asfalto, quien venía a visitar a una bella retirada en provincias). Tan enamorado quedé, que Gómez-Moreno, a la sazón Director General de Bellas Artes, me autorizó a vivir en el entonces casi deshabitado convento (hoy Parador) de San Francisco. Allí jugué un poco a lo Washington Irving. Me acuerdo de la noche del 14 de abril de 1931. Vuelto de Madrid esa mañana, de votar a la Monarquía, aguardaba noticias en la cochambrosa redacción del "Defensor". Mirando a la calle —forillo barato de zarzuela— la vista caía sobre una especie de estandarte en el cual se despeluchaba el gallo que había bordado la famosa Paquita Raya, tía —creo que contaban— de Gabriel Morcillo. Porque por la calle pasaban gentes vociferantes y una charanga tocaba la Marsellesa. Me subí solo a San Francisco a meditar, entre los acantos de la acequia, sobre el pasado que se iba y el tormentoso futuro que se venía encima. Fueron las incomodidades de la República las que acabaron con mi estancia en la Alhambra. Me instalé en Puerta Real, en la respetable Fonda de la Viuda de Robledo, entre canónigos y viejas marquesas en derribo.

Vivir, lo que se dice vivir en plenitud (me refiero a lo interno, no a lo que realmente se hace), sólo se vive cuando se es joven. Eso representó para mí la vida en Granada, donde vi de verdad por vez primera tantas cosas de campo que sólo conocía por los malos grabados de línea de los libros. Además unas cartas de presentación que me habían dado mis editores de Madrid, los Alberti, tios del gran poeta Rafael, para los hermanos Bérriez me fueron abriendo todas las puertas que de ordinario estaban cerradas a cal y canto incluso para los Catedráticos locales, cuanto más para los forasteros. Tengo que restañar el chorro que sale de mi memoria, y no quiero citar más que nombres de muertos y sólo los indispensables.

Mi día eran las clases matutinas en la Universidad del inolvidable Antonio Marin; mi almuerzo, en la Alhambra; mi tarde, en el Chapiz, ya fundado después de su admirable restauración

por el gran Torres Balbás; mi primera tertulia, en la Casa de los Tiros, donde Antonio Gallego hacía siempre verdad la leyenda del palacio ("El corazón manda"); mi segunda tertulia de café, con los Bériz y su grupo de intelectuales, terratenientes y señorones, entre los cuales yo era "el muchachito de árabe"; la cena, acaso en Los Manueles con Federico García Lorca, para acodarme, antes de ir a la cama, en el murete del "cielo bajo". Por supuesto no marraba ninguno de los miércoles de "Villa Paulina", ni la reunión dominical en la casa de muñecas de don Manuel de Falla, ni las ocasionales partidas de póker en las casas aristocráticas, ni el acompañar visitas que me mandaba Ortega, como la del famoso Curtius, ni, llegadas las respectivas temporadas, los viajes a las corridas de feria de las capitales vecinas o la asistencia pasiva a las cacerías por los cortijos de los alrededores. ¡Una vida deliciosa, de la que me arrancaron las propias complicaciones del Chapiz, las llamadas de Asin y el ya previsible futuro de las Academias!

Quizá salí a tiempo, un poco antes de la guerra, de la que en cambio prefiero no hablar ni aún en esguince. Pero recién acabada la guerra, mi primera visita fue para Granada, y a Granada seguí viniendo soltero y luego con mi mujer, a pasar todos los veranos, cortados por algunas excursiones memorables, en la "Villa Paulina" de mi fraternal amigo Alfonso Gámir, esa casa que el Destino quiso destruir para que nadie volviese a ocuparla después de su propietario, como dicen que los calaveras de San Petersburgo hacían con las copas en que se habían embriagado de champagne. Y de "Villa Paulina" salíamos en los atardeceres, cruzando el Generalife, a ver la melancólica y fantástica puesta del sol, sentados en las altas ruinas de la Silla del Moro, para cenar después en casa de Rosario Lécera. Un libro mío lo cuenta, y Joaquina Eguaras, por fortuna todavía activa, lo puede referir también.

Voy a concluir, porque nada hay más fastidioso que los recuerdos de los viejos, a los que han puesto en el disparadero. Y vosotros, con vuestro cariño y con la gran honra que me hacéis y que os agradezco en el alma, me habéis puesto en él. De mis atropelladas palabras habréis podido deducir mi amor por Granada. Tan grande es, que muchas veces he pensado por

qué, si las ciudades dan a veces título de "hijo adoptivo", no lo van a recibir ellas de "madre adoptiva". Granada lo es para mí. Muchísima gente me tiene por granadino, y yo dejo hacer. He venido hoy, gracias a vosotros, al regazo materno. Y alguien muy importante en la ciudad y muy ligado a esta Casa (el Miguelín que en mi "Silla del moro" suelta globos de papel desde su carmen albaicinerero) sabe y me ayuda a cumplir mi voluntad de que, cuando mi hora llegue, venga a descansar en Granada para siempre.

Tras la ovación de gala con que los asistentes acogieron las emotivas palabras de don Emilio García Gómez, subió a la tribuna el P. Darío Cabanelas, ofm., catedrático de Arabe de la Facultad de Letras y padrino del doctorando, quien defendió ante el Claustro la propuesta de investidura con las siguientes palabras:

*Excmo. Sr. Rector Magnífico,
Ilustre Claustro de Doctores,
Señores alumnos,
Señoras y Señores:*

No necesito ponderar la ilusión con que en su día encabecé la propuesta que ha conducido a la celebración de este acto en unión de mis compañeros del Departamento de Arabe e Islam de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, Dres. Bosch Vilá y Fórneas Besteiro; ni he de ocultar tampoco la honda satisfacción—una de las mayores de mi vida académica— que me depara este honroso deber de señalar aquí los méritos de quien ha sido y sigue siendo el maestro directo o indirecto de cuantos en la actualidad cultivamos en España la parcela de los estudios árabes.

La personalidad científica del Dr. García Gómez es bien conocida dentro y fuera de nuestra patria como el más eximio representante del arabismo español en nuestros días y una de las figuras más prestigiosas e indiscutibles en el campo del arabismo internacional. En la imposibilidad de enumerar en de-

talle los frutos de casi medio siglo de ininterrumpida y fecundísima labor, señalaré al menos los hitos primordiales de su trayectoria a lo largo de su dilatada vida académica.

Nacido en Madrid hace hoy setenta años, y tras cursar con gran brillantez los estudios de segunda enseñanza, en 1922 ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Cuatro años más tarde defiende allí su tesis doctoral, es nombrado Profesor Auxiliar y pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios con objeto de que ultime su formación lingüística en Egipto y Siria.

En 1930, y poco después de su regreso a España, obtenía en brillantes oposiciones la Cátedra de Árabe de la Universidad granadina y, dos años más tarde, al crearse las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, habría de ser el organizador y primer director de esta última. Fundada la revista "Al-Andalus" en 1933, comparte la dirección de la misma con su maestro don Miguel Asín, a cuya muerte quedaría como único director hasta los actuales momentos en que aquella está a punto de alcanzar los cuarenta volúmenes, siendo, en su conjunto, el mejor exponente de la labor científica desarrollada por el arabismo español a lo largo de los últimos cuarenta años.

En 1935 se traslada a Madrid en comisión de servicio para compartir con don Miguel Asín la Cátedra de Árabe, que luego ocuparía en propiedad a la jubilación de su maestro.

* * *

Pasados los años de nuestra guerra civil y restaurada la normalidad universitaria, García Gómez inicia una etapa de intensa actividad que muy pronto habría de elevarlo al primer plano del arabismo español, con marcada proyección en el ámbito internacional. En 1942 es elegido miembro del número de la Real Academia de la Historia y en 1945 de la Real Academia Española; en 1950 es nombrado director del Instituto "Miguel Asín" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y

cuatro años más tarde funda el Instituto Hispano-Árabe de Cultura, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Paralelamente realiza viajes oficiales a diversos países extranjeros, algunos de ellos en unión de profesores de esta Universidad hoy desaparecidos y a quienes este acto hubiera colmado de satisfacción. Así, acompañado de don Alfonso Gámir Sandoval, efectúa en 1947 un viaje de aproximación cultural por Egipto, Jordania, Iraq, Siria y Líbano. En 1951, y en compañía de don Antonio Marín Ocete, entonces Rector de esta Universidad, forma parte de la delegación española especialmente invitada a los solemnes actos celebrados en El Cairo con motivo del 25º aniversario de la Universidad Fu'ād I y del 75.º de la Real Sociedad de Geografía de Egipto. En 1952, y en calidad de asesor cultural, forma parte de la misión española que, presidida por el Ministro de Asuntos Exteriores, visita Beirut, Jerusalén, Amman, Damasco, Bagdad, Riyad y El Cairo, misión que habría de repetirse en 1956 con la visita a Turquía, país este último que, junto con el Irán, visitaría de nuevo García Gómez un año después, especialmente invitado por sus respectivos gobiernos.

En 1958 es nombrado embajador de España en Iraq y ministro en Afganistán; dos años más tarde pasa a la embajada del Líbano y en 1962 a la de Turquía, donde permanece hasta 1969, fecha en la que renuncia a dicho cargo y se reintegra a su cátedra, que ha seguido desempeñando hasta el día de hoy.

* * *

En íntima conexión con la trayectoria hasta aquí señalada, y como nuevas proyecciones de su relevante personalidad, he de aludir a otras dos importantes facetas en la actividad del Profesor García Gómez: primero, su participación en reuniones científicas y congresos; luego, sus conferencias. En cuanto al primer aspecto, y desde que en 1933 representara a la Universidad de Granada en el Congreso de Estudios Superiores Marroquíes celebrado en Rabat-Fez, he de subrayar de manera

especial sus intervenciones en el XXI Congreso Internacional de Orientalistas (París, 1948), en el XXII Congreso Internacional de Orientalistas (Istanbul, 1951), en el Milenario de Avicenna en Bagdad (1952) y Teherán (1954), en el XXIII Congreso Internacional de Orientalistas (Cambridge, 1954), en el "International Islamic Colloquium" de Lahore (Pakistán, 1957) y en el Congreso de las Academias de la Lengua Española celebrado en Bogotá (1960), en el que fue elegido Vicepresidente.

Aunque el papel de conferenciante nunca le ha atraído en demasía, y únicamente lo ha asumido en circunstancias más o menos insoslayables, numerosos son los oyentes nacionales y extranjeros que han podido admirar la maestría de García Gómez, reflejada en una singular conjunción de fondo y forma pocas veces lograda por los más expertos cultivadores del género. Con referencia únicamente a sus intervenciones en el extranjero, y advirtiendo que en ocasiones se trata de ciclos y no de conferencias aisladas, recordaré especialmente las pronunciadas en Burdeos, París, Londres, Lisboa, Coimbra, Oporto y Faro (Portugal), Argel, Roma, El Cairo, Beirut, Karachi y Bagdad. Como "profesor visitante" explicó un curso en la Universidad de Alejandría y otro en la del Cairo.

Sólo por tratarse de distinciones que le fueron otorgadas como reconocimiento a su labor científica y cultural, recordaré que el Dr. García Gómez es Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil, Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, Oficial de la Legión de Honor y posee el Wisām al-Istiqlāl (condecoración de la Independencia) de Jordania, entre otras.

* * *

Ante la pluriforme actividad reflejada en esta visión retrospectiva, alguien podría pensar que la labor docente e investigadora del Profesor García Gómez tendría forzosamente que resentirse; pero cuantos hemos tenido la suerte de ser sus discípulos sabemos mucho de la ejemplaridad de su magisterio, y quienes, además, hemos tenido el privilegio de convivir con él

durante años en la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, conocemos bien su finisima intuición, su increíble capacidad de trabajo y su permanente lealtad a una vocación científica, cualidades que muy pronto habrán podido captar también los discípulos de su etapa granadina, algunos de ellos hoy ilustres profesores de esta Universidad.

La innata curiosidad científica del Profesor García Gómez le ha llevado a escrutar los más variados horizontes del islam peninsular, desde su compleja historia política, militar y social hasta los 'más íntimos resortes de su concepción literaria. En cuanto al primer aspecto, bien conocida es su traducción "La España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba", obra del investigador francés Lévi-Provençal, incluida en los tomos IV y V de la Historia de España dirigida por don Ramón Menéndez Pidal: la introducción antepuesta por García Gómez al primero de dicho tomos, bajo el título "Trayectoria omeya y civilización de Córdoba", representa indudablemente una pieza maestra en el género. En colaboración con el citado autor francés publicó Una crónica anónima de 'Abd al-Rahmān III al-Nāṣir y Sevilla a comienzos del siglo XII: El tratado de Ibn 'Abdūn. Por último, obra suya es también la titulada Los anales palatinos del califa de Córdoba al-Ḥakam II, precedida y seguida de toda una serie de trabajos, asimismo de primera mano, que la brevedad me impide citar aquí.

* * *

Pero, no obstante la amplitud y calidad de sus investigaciones históricas, la brújula que ha marcado la orientación permanente del Dr. García Gómez se halla representada por los estudios de literatura arábigoespañola, concebida ésta en toda su amplitud. Su significación en este campo no tiene parangón y yo me atrevería a asegurar que, en su conjunto, difícilmente podrá nadie, no ya superarlo, pero ni siquiera aproximársele. Hasta que él aparece en el horizonte del arabismo, la literatura arábigoespañola era prácticamente una tierra virgen,

sobre todo en su parte poética; mas ahora el panorama es totalmente distinto por obra de García Gómez: ahí están sus penetrantes análisis y sus admirables síntesis, sus esmeradas ediciones de textos árabes y sus bellísimas traducciones, que, sobrepasando los límites de nuestra especialidad, han sido incorporadas a las mejores historias de la literatura española.

Pero la clave de tan unánime aceptación nos la anunciaba ya don Miguel Asín, con su habitual clarividencia, al contestar a su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia: "Si toda traducción, para ser exacta y fiel, ha de constituir una verdadera re-creación, tratándose de textos poéticos esa necesidad es mucho más imprescindible, porque si el traductor no es un verdadero poeta, difícilmente logrará traspasar a las palabras de su lengua el sutil aroma espiritual que las traducciones encierran y sugerir en el alma del lector emociones análogas, ya que no idénticas, a las del original... García Gómez posee esa maestría sugeridora, porque a las dotes de erudito y filósofo, la Providencia ha unido en su espíritu, con mixtura de excepción, las calidades de poeta".

Mas, aparte este don personalísimo e intransferible, García Gómez ha sido uno de los adelantados —y esto con proyección en el arabismo europeo— en otro aspecto capital de los estudios sobre poesía árabe, cual es el de juzgar y valorar esta poesía conforme a su propia estética, prescindiendo de nuestros gustos y preferencias, que podrían falsearla en su misma raíz. A este propósito escribía, hace ya más de tres décadas, Francesco Gabrieli —hoy también primera figura del arabismo italiano—, comentando dos de los trabajos de García Gómez: "El estudio y el gusto de la poesía árabe de España reflorece en estos últimos tiempos con una intensidad y una finura que, naturalmente, se deben a que no han pasado en vano los setenta años de evolución cultural y científica que los separan de la época de Dozy y de Schack. García Gómez... une en este campo a una experiencia filológica cada vez más madura, un exquisito gusto y una vigilante conciencia del fenómeno estético, superiores con mucho al diletantismo de la generación romántica... No recuerdo haber leído jamás sobre el argumento una visión de conjunto más sugestiva y vigorosa".

Pero este y otros juicios no han de sorprendernos, pues García Gómez había entrado con buen pie en el campo de la investigación con dos trabajos de literatura comparada que en su día le valieron los mayores elogios de especialistas tan eminentes como el ruso Ignacio Kratchkovski o los italianos Carlo Alfonso Nallino y Giorgio Levi Della Vida, por no citar más que a primeras figuras hoy ya desaparecidas: el primer trabajo, que fue su tesis doctoral, se basa en un cuento árabe por él descubierto en un manuscrito de El Escorial, fuente común del Filósofo autodidacto de Ibn Ṭufayl y de los primeros capítulos del Criticón de Gracián; el segundo, en el que estudia exhaustivamente un texto árabe inédito de la famosa leyenda de Alejandro, fue galardonado por la Real Academia Española con el premio Fastenrath.

Desde 1930, en que se incorpora a la Universidad de Granada, los trabajos de García Gómez sobre literatura arábigoespañola forman una prodigiosa cadena, cuyos sucesivos eslabones tienen siempre la virtud de avivar el interés y excitar la expectación del lector ante la seguridad de nuevas sorpresas. Sus artículos, buen número de los cuales merecerían el honor de volúmenes aparte en atención a su amplitud, estructura y contenido, sobrepasan holgadamente los dos centenares y, prescindiendo de la revista "Al-Andalus" que obtiene la primacía, han aparecido en numerosas publicaciones nacionales y extranjeras, en las que García Gómez ha dosificado a la perfección la contextura de sus trabajos en conformidad con la índole de cada una de ellas y el círculo de sus lectores.

Con referencia a sus libros, que sobrepasan la veintena, bien conocidos son, entre otros, Poemas arábigoandaluces, Al-Ša-qundī: Elogio del islam español, Qaṣīdas de Andalucía puestas en verso castellano, Las banderas de los campeones de Ibn Saʿīd al-Magribī, Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra y Un eclipse de la poesía en Sevilla: la época almorávid.

Pero entre todas sus obras de este género destacan indudablemente cuatro: El collar de la paloma de Ibn Ḥazm de Córdoba, obra maestra de la literatura árabe sobre el amor y los amantes; Las jarchas romances de la serie árabe en su marco, lo más completo y mejor que se ha escrito sobre este apasio-

nante descubrimiento, que tan vivo interés ha suscitado entre arabistas y romanistas durante los últimos treinta años; su *Todo Ben Quzmān*, tres amplios volúmenes en que se interpreta, se mide y se explica el Cancionero de este incomparable zejelero cordobés del siglo XII. Esta obra, que, en opinión de un investigador extranjero, debería ser empresa de un equipo de arabistas, romanistas y berberizantes, "trabajando en estrecha colaboración", ha sido llevada a cabo por un solo español: García Gómez. Por último, *Métrica de la moaxaja y métrica española* —aún caliente—, valiosa "ampliación" y "comprobación" de su "*Métrica de Ben Quzmān y métrica española*" —incluida en el volumen III de su obra últimamente aludida— a base de la colección de moaxajas *Ŷaiš at-taušīh* de Ben al-Jaṭīb.

* * *

Del excepcional prestigio alcanzado por el Dr. García Gómez son buena prueba las academias extranjeras, los institutos científicos y las sociedades culturales que lo han llamado a su seno: así, es miembro correspondiente de la Academia Árabe de Damasco, de la Academia de la Lengua Árabe de El Cairo y de la Academia del Iraq, "Socio Straniero della Classe di Scienze Morali, Storiche e Filologiche de la Accademia Nazionale dei Lincei de Roma", miembro del Comité de dirección de la "Encyclopédie de l'Islam", miembro del INCIDI ("Institut International des Sciences Politiques et Sociales" con sede en Bruselas), miembro del Comité Consultivo de los Congresos de Orientalistas, miembro asociado del Instituto de Egipto y 'miembro efectivo de "The Hispanic Society of America", entre otras.

Pero no es esto sólo, sino que, hace ya más de veinte años, prestigiosas universidades extranjeras, como las de Burdeos, El Cairo y Argel, lo incorporaban a sus claustros nombrándolo doctor "honoris causa".

* * *

Llegado a este punto, yo diría que la universidad española tenía una deuda con García Gómez; sus cuarenta y cinco años de ejemplar magisterio —récord poco frecuente— y la significación trascendental de su obra, estaban reclamando algo así como lo que aquí celebramos hoy; pero creo también que este honor y este privilegio debían corresponder a Granada por múltiples razones: entre otras, por haber iniciado precisamente en esta Universidad su magisterio; por haber sido el fundador, organizador y primer director de su Escuela de Estudios Arabes; por ser vocal de instituciones tan íntimamente ligadas a la vida artística y cultural de la ciudad como el Patronato de la Alhambra y la Fundación Rodríguez Acosta; por ser, además, miembro de su Real Academia de Bellas Artes.

En esta misma línea, tema granadino fue el de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra, que el Patronato del monumento acaba de reimprimir, en edición especial, con motivo de la jubilación académica de su autor; en Granada pasó la mayor parte de su vida un singular personaje, que García Gómez estudia en su libro Un alfaquí español: Abu Ishāq de Elvira; sobre Granada versa su popular Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas; a Granada se refiere en otros trabajos suyos de carácter literario y epigráfico o complementarios de trabajos ajenos; granadino era también Ibn ʿĀṣim, que aparece como una de las piezas básicas en orden al gran "Refranero" arábigoandaluz que García Gómez está publicando, como fuente primaria, en muchos casos, de nuestro inagotable refranero castellano. Finalmente, —por ahora— sobre Granada vuelve en el prólogo al libro titulado El reino de Granada en la época de Muḥammad V, obra del Dr. Aḥmad Mujtār Al-ʿAbbādī, en la actualidad decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Alejandría y uno de los muchos discípulos de García Gómez oriundos de países árabes. Quiero cerrar mi intervención con unas palabras de este prólogo, que me parecen algo así como un retrospectivo examen de conciencia por parte de García Gómez, frente a su vinculación intelectual y afectiva con Granada:

"Desde el principio de mi carrera, ya muy larga, de arabista, y por haberla comenzado precisamente con cinco años para

mi inolvidables y fecundísimos en la Universidad de Granada, siempre estimé fundamental el estudio de los últimos tiempos de la dominación musulmana en España, es decir, la monarquía y cultura nazaries, cuya enorme importancia están en razón inversa de los esfuerzos que se habían dedicado a esclarecerlas... Se me dirá que no he predicado con el ejemplo, y es verdad. Las circunstancias y azares de mi vida, bastante azacanáda, no me han permitido llevar a cabo proyectos que me eran muy caros... No me remuerde en este punto la conciencia. Siempre he intervenido para animar a eminentes maestros, a colegas ilustres, a queridos compañeros de especialidad y de cátedra y a discípulos y doctorandos a tratar de temas nazaries, y a darme sus trabajos, siempre que era factible, para su publicación en la revista Al-Andalus".

Al amparo de estas palabras y con la mirada puesta en la ingente labor de este universitario ejemplar, honra de nuestras letras y gran maestro del arabismo español, solicito la venia de este Ilustre Claustro de Doctores para que sea investido como doctor "honoris causa" por esta Universidad.

A continuación, y conforme al ceremonial basado en las Constituciones de la Universidad de Granada de 1542, el Rector procedió a la investidura del doctorando mediante los correspondientes atributos (la birreta, el anillo y el libro de la ciencia), fundiéndose ambos en un estrecho abrazo; seguidamente el nuevo doctor abrazaría al padrino, al Secretario General de la Universidad y a los restantes claustrales, con lo que finalizaba aquel acto inolvidable, que despertó viva emoción entre muchos de los asistentes.

Además del agasajo ofrecido por el Rectorado el mismo día 4, y por los profesores de la Facultad de Letras el día 6, el Decano de esta Facultad le ofreció el día 5 un vino de honor en los jardines de la Escuela de Estudios Arabes, donde el P. Darío Cabanelas pronunció unas sencillas palabras para entregar a don Emilio García Gómez, como fundador de dicha Escuela en 1933, la granada de oro, con el deseo de que contemplase siempre en sus granos el corazón de sus discípulos y amigos granadinos; granada que le fue impuesta por la entrañable Joaquina Egua-

ras, mientras el Decano de la Facultad de Letras, Dr. D. Jesús Lens, la imponía a la señora de García Gómez. Las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y Barcelona le ofrecieron asimismo un delicado obsequio por mano de la Dra. Soledad Gibert de Vallvé; obsequios que don Emilio García Gómez agradeció vivamente, afirmando que nunca podría olvidar tantas muestras de afecto y cariño.

Finalmente, la presencia en Granada de don Emilio García Gómez tuvo otra marcada proyección de carácter científico y cultural, desarrollando un ciclo de tres conferencias bajo el título general de "Nueva síntesis de la historia y de la cultura hispanomusulmana", durante los días 4 (*Desde la Conquista hasta la muerte de Al-Ḥakam II*), 5 (*Desde Almanzor hasta el fin de los Taifas*) y 6 (*Desde la invasión almorávid hasta la toma de Granada*). Pronunció las dos primeras en el Auditorium del Banco de Granada y la tercera en el Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta, viéndose ambos locales ampliamente rebasados por el gran número de asistentes, que siguieron con inusitada expectación las admirables lecciones de quien reúne la triple condición de Académico de la Lengua y de la Historia y primer arabista español de nuestro tiempo.

En definitiva, unas jornadas inolvidables para Granada, su Universidad y el arabismo español.